



CAROLA VERCAIGNE



LOS PREDESTINADOS

PRÓLOGO: EL INICIO DEL FIN



Antes de que tocaran a su puerta y le dieran la noticia, el hombre supo que los pasos acelerados que se acercaban a toda prisa por el pasillo no traían nada más que un mal presagio. Dejó de observar el cielo claro del día y, con pesadez, se dio la vuelta para encararse hacia la puerta de madera maciza y, por consiguiente, con el hermano que le traía tan funesto vaticinio.

—Adelante —dijo el anciano cuando los tres golpes resonaron por fin.

—Con su permiso, mi Supremo.

—Jacobar —decir su nombre era el mejor de los saludos. El nombre era la cercanía, la amistad, la confianza.

El aludido no se movió del rellano. Como correspondía a un experimentado Ságrito Mayor, guardaba la compostura ante él y no permitía que la angustia, que era evidente que le carcomía por dentro, se dejara entrever en su semblante plagado de arrugas.

—Es *el pájaro dorado*. Uno de los Ságritos Menores ha dado la alerta. Lo han visto sobrevolando las Nacientes.

«Lo sé, yo también lo vi... anoche mientras dormía», podía haberle respondido. Pero, en su defecto, tan solo dejó caer sus ojos cansados a los pies de su túnica blanca y volvió a girarse hacia la ventana.

—Mi Supremo... ¿qué debemos hacer? —Esta vez sí, la impaciencia marcaba el tono de voz siempre sosegado del Ságrito Mayor, pero, dadas las circunstancias, él no podía menos que disculparlo. «El fin de la Imperia que conocemos se acerca, ¿cómo no angustiarse ante un futuro semejante?».

El Ságrito Supremo se frotó las manos, las tenía suaves, pero las arrugas estaban tan marcadas en sus dedos que, al hacerlo, los pliegues de una se tropezaban con los de la otra, y el gesto se percibía torpe e inseguro. Ciento veintisiete años eran demasiados para seguir en pie y tener que hacer frente a lo que iba a acontecer. Suspiró con abatimiento contemplando el frondoso jardín que se entreveía a través del traslúcido cristal.

—No podemos hacer más que esperar las demás señales y confiar en los que nos librarán de la desgracia —expuso respondiendo a la pregunta que flotaba en el aire con una pesadez asfixiante.

Sus propias palabras se le antojaban huecas, vacías y sin sentido. Era absurdo sentarse a esperar la muerte, pero era lo que *el Padre* había dejado escrito y no tenían más remedio que obedecer sus designios. Confiar en la victoria.

—¿Y los demás hermanos? ¿Les informa...?

—No será necesario —interrumpió el anciano con rotundidad.

De nada servía que cundiera el pánico. El anciano era consciente de que la mayoría de los Ságritos Mayores sabrían mantener la calma, pero no podía decir lo mismo de los Menores. Bastante era que, durante siglos, los Ságritos Menores hubieran tenido la tediosa tarea de otear el cielo en busca de una inusual ave

dorada sin más explicación que hacerlo y punto. De hecho, cuando él mismo era un joven desgarbado con pelo, muchos fueron los días que pasó de pie en la alta torre con la vista apuntando a las nubes. Cuántas veces no pensó en lo ridículo de la labor y cuántas siestas se tomó la libertad de echarse, aun a expensas de ser castigado si lo hubieran pillado. Qué rebeldía la suya en esos tiempos. Qué mala era la ignorancia, pero qué bendita a la par.

Resopló, quería estar solo con sus pensamientos y Jacobar no parecía tener intención de marcharse. Aún, después de tantos años de liderazgo, le costaba imponerse como el Ságrito Supremo que era con sus hermanos más allegados, los que, como Jacobar, tenían su edad y sus mismos conocimientos.

—Deberías asegurarte de que los jóvenes están calmados. Es probable que la aparición del ave ya sea la comidilla y debemos evitar cuanto antes que su imaginación se agite. No es bueno que especulen, hay que tener en cuenta...

—Los sueños —Jacobar terminó la frase por él, una costumbre que ambos tenían desde niños.

Afirmó con la cabeza. Los Ságritos, ya fueran Mayores o Menores, poseían dones excepcionales y, por tanto, debían ser precavidos en lo referente a la custodia de los conocimientos. Todo llegaba, pero en su debido momento. La historia de Imperia era tan tremebunda que debía guardarse con la máxima cautela.

Escuchó cómo la puerta se cerraba a su espalda, así como los pasos menos presurosos de Jacobar alejándose. Cuando el silencio se adueñó del lugar, sintiéndose seguro en su soledad, el anciano se dejó caer con pesadez en el sillón verde que amueblaba su despacho de blanquísimas paredes. Se sentía demasiado viejo y demasiado cansado para hacer frente a lo que estaba por venir.

«Padre, ayúdanos a no desfallecer. No permitas que Imperia se hunda en la catástrofe».

HIJOS DEL LEVIATÁN



1.1.

No había nada más bello que contemplarla mientras dormía. La madre de Laura había tenido trillizos y desde entonces ninguno en su casa descansaba bien por las noches. Los pequeños berreaban muchísimo, y lo peor era que lo hacían a destiempo, cada uno en diferentes fases de la noche. Cuando se despertaba uno, los otros dos dormían, pero en cuanto el que había llorado se dormía, otro le tomaba el relevo. Con razón Laura no era persona a primera hora de la mañana. El trayecto en autobús hasta el instituto era corto, pero ella siempre se despertaba justo antes de llegar, fresca y vivaracha, como si hubiera dormido una eternidad.

—¿Qué tal? —le preguntó en cuanto abrió los ojos.

—Lista para la soporífera clase de la profesora Torken —dijo ella estirando los brazos y desperezándose, arrugando los músculos de la cara.

La señora Torken les enseñaba Historia del Leviatán. Como decía Laura, era una clase de lo más aburrida pero necesaria si querían conocer los principios de su sector. Eran los Hijos del Leviatán y como tales debían saberse de popa a proa sus orígenes.

Bajaron del autobús y se unieron al efusivo ajetreo de los demás muchachos que se apresuraban a entrar. El enorme Leviatán esculpido en piedra que les recibía envolviendo el portón principal del instituto los saludó con su mirada escalofriante. No muy lejos, el sonido de las olas chocando contra las rocas era música para los Hijos del Leviatán, igual que el aroma del mar, su perfume favorito.

—Ojalá tuviéramos clase con el profesor Servos —resopló ella abatida, mirando nostálgica en dirección al mar.

Nathan pensaba igual, pero se limitó a permanecer callado. Adoraba las clases del profesor Servos, navegar en las largas chalupas venciendo la fuerza de las olas con la fortaleza de sus brazos. Por desgracia, tan solo salían con las pequeñas barcas los días de tormenta y vientos huracanados. Más de un Hijo del Leviatán había perecido en esas clases, pero eso a Nathan no le asustaba. No le asustaba morir en el agua; en todo caso, le parecía más honorable morir ahogado que hacerlo atropellado por el autobús del colegio o, peor aún, atragantado con la raspa de algún pescado. El año anterior Cris Norway había sido una de las afortunadas en sucumbir al abrazo gélido del mar. Sin embargo, a su madre no le pareció ninguna fortuna que su hija de quince años hubiera sido devorada por el mar. «Tómeselo como una ofrenda a nuestro guerrero», contaban que habían escuchado decir al director Targantel cuando trataba de consolar a la desdichada mujer. La madre de Cris no se tomó el comentario como el director esperaba, y cuando sacó su navaja y le rebanó el cuello, a nadie le extrañó que lo hiciera.

Tómeselo como una ofrenda a nuestro guerrero, dicen que siseó ella en el oído del hombre, que se agarraba la garganta como si así pudiera impedir que la vida se le escapara a borbotones.

El siguiente domingo la condenaron a muerte en el Santuario ante los demás sectores. Nathan no pudo apartar la vista de sus ojos, unos ojos llenos de odio, pero también perdidos. Le pareció que la madre de Cris se había ido muy lejos en el mismo momento en que supo que su hija lo había hecho. Nathan nunca supo cómo se llamaba, dijeron su nombre, pero él ni lo escuchó. Lo que sí sabía era que no fue la única a la que juzgaron ese día. Pero le daba igual, no prestó atención al resto, nunca lo hacía a menos que fueran de los suyos. ¿Qué le importaba a él que muriera un Escupe Fuego, un Pils o un Cuerno? Esa gente no tenía ningún valor para él. Ninguno. Al final, tanto Cris como su madre y el director fueron ofrendas esa semana. Aquel que moría en el sector era entregado al mar en un precioso ritual.

Siguió a Laura hasta su taquilla. Estaba sacando el grueso tomo de historia cuando el timbre sonó anunciando el principio de la clase.

—Más vale que nos demos prisa, ya sabes lo malhumorada que se pone cuando alguien llega tarde —le dijo él agarrándola del brazo para que se apurara.

—Todavía nos queda un timbre. Llegaremos a tiempo —replicó ella con esa seguridad del que sabe la verdad y nada más que la verdad, acompañándola de una amplia sonrisa.

Él no pudo menos que devolverle el gesto, Laura era una intrépida, brava y salvaje como el mar. A veces Nathan se preguntaba cómo había podido tener tanta suerte, sin compararla con la que había tenido Cris Norway, claro. La conocía desde que podía recordar. Se habían criado uno al lado del otro. Sus casas estaban tan pegadas que él mismo escuchaba a los trillizos vociferar por las noches. Pero antes de que los mocosos llegaran, la oía a ella. La oía cantar, la oía formular y la oía jugar con sus barcos y sus muñecos diminutos con forma de Leviatán. A veces él jugaba con ella. Jugaban a las batallas antiguas, a la guerra entre sectores y a las peleas sangrientas repletas de muertes. Lo normal. Laura era fuerte como una roca, pero con el rostro de una sirena. Su cabello rubio colmado de tirabuzones le daba el aspecto de una muñequita. Pero solo el cabello la hacía parecer tal cosa porque, excepto esos rizos, lo demás era un vendaval. Sus ojos verdes de mar profundo, sus labios finos como la espuma de las olas, su pequeña nariz como las lapas de las rocas. Era espigada y flaca y se comportaba como un marinero de alta mar. Luchaba con la espada mejor que la mayoría de su edad, repelía las fórmulas como una fiera y atacaba de la misma manera. Era un sueño estar con ella. Para Nathan, Laura era como una sirena que lo llamaba a estrellarse contra las rocas.

—Deja de mirarme como si fueras una medusa. ¡Vamos!

No se había dado cuenta. Abrumado intentó disimular, pero ella le buscó la mirada percibiendo cómo él se sonrojaba. Después le pegó un puñetazo en el hombro y salió corriendo. Cada vez que él mostraba algo de afecto hacia ella, Laura actuaba de la misma manera. Resignado, frotándose la zona del golpe, la siguió hasta llegar al aula.

Las clases de historia con la profesora Torken eran un auténtico aburrimiento, aunque quizás se debiera al poco interés que la mujer le ponía a dicha materia. Más de una vez Nathan se había imaginado siendo él el profesor de la asignatura. La historia era pura adrenalina cuando él la tomaba en sus manos, no entendía por qué a la profesora Torken se le daba tan mal.

—Por poco llegáis tarde, parejita.

Frank los recibió con su risotada habitual y sus feos dientes asomando por los labios de molusco.

—Te he dicho mil veces que no nos llames así —replicó Laura dándole uno de sus típicos puñetazos en el hombro y sentándose con brusquedad en su pupitre.

—¿El qué? ¿Parejita? —repitió el insensato tocándose el hombro dolorido. Ya debería estar acostumbrado a que Laura le pegase cada vez que lo decía, pero Frank era imbécil y no tenía remedio.

—Vamos, Laura, aquí son pocos los que no os llaman así —comentó Nadia soltando un bufido cansino.

—Pero no lo somos —sentenció ella mirando con odio a Frank, que fue el primero en empezar con esa estúpida broma.

Nathan dejó que fuera Laura la que lidiase con ellos. A él no le molestaba tanto como a ella que los llamaran así. Al fin y al cabo, sí que parecían una pareja, no era raro que los compañeros lo pensasen. Siempre iban juntos a todas partes, se sentaban muy cerca en las clases para poder hablar, cuando había que hacer un trabajo en parejas, por lo general, lo hacían juntos... No obstante, a Laura le molestaba a más no poder que los llamaran *pareja*, *parejita* o lo que fuera, así que sus motivos tendría. En cierta ocasión, Nathan la escuchó hablando con su amiga Gloria sobre el tema. No pretendía escuchar, pero los muros que separaban sus casas eran como de papel y la habitación de Laura justo lindaba con la cocina, en la que, casualidades de la vida, él estaba solo, en silencio, comiéndose un trozo de empanada de atún.

—¿Y te gusta? —le había preguntado Gloria con voz picarona.

—¡Por todas las rocas del mar, no! Es solo un amigo. Nathaniel... —al escuchar su nombre fue cuando más atención prestó—, es como un hermano para mí.

—Un hermano muy guapo —apuntó la otra con voz aguda y retintín—. Venga, no pongas esa cara. Ahora no me vas a decir que no es guapo. Nathan está como un buque, está loquito por ti y encima su linaje desciende del mismísimo fundador.

—Gloria, siempre estás igual. —Escuchó cómo Laura resoplaba con fastidio—. Nathan no está loco por mí. Somos buenos amigos, nada más.

—¿Entonces por qué no sales con Joshep Bluset? Te ha pedido salir montones de veces. Es el tío más guapo del instituto, su padre es el capitán del *Tormenta marina* y...

—Bah, icállate ya! Me lo estoy pensando, solo es eso.

En efecto, Joshep estaba muy bien considerado entre las chicas del sector. Todas menos Laura se rendían a sus pies. Más de una vez Nathan había visto a las chicas suspirar por sus cartílagos de Leviatán al verlo pasar. Y sí, a decir verdad, a sus oídos ya había llegado ese rumor de que Joshep estaba más que interesado en su amiga Laura pero, hasta ese instante, no había hecho ningún caso a ese chismorreos que iba acompañado de tantos otros. No obstante, que Joshep estuviese colado por Laura no fue lo que le dejó helado. Lo que le dejó sin respiración con el trozo de empanada a medio tragar fue darse cuenta de lo que todos menos Laura y él parecían saber desde hacía tiempo. Porque Joshep no era el importante en esos instantes, Joshep era una cagarruta de pez para él. ¡Que le dieran viento fuerte a Joshep Bluset! Lo que le importaba a Nathan y le dejaba con la garganta seca, con el maldito trozo de empanada de atún todavía haciendo malabarismos por caer en su estómago, era que Laura se estuviera planteando lo de salir con ese indeseable. Porque plantear era pensar y si lo estaba haciendo era porque tal vez a ella le interesaba.

Fue en ese preciso momento en el que ella dijo que se lo estaba pensando, cuando él dejó de pensar, cuando su corazón se paró en seco y le pegó un puñetazo en la espalda. Fue entonces cuando se tragó el resto de la empanada de un bocado y sin apenas pensar en lo que estaba haciendo, corrió hasta la casa de Laura masticando los restos secos de la empanada que se le pegaba al paladar. Llamó a la puerta de su amiga, de su mejor amiga y esperó con esa impaciencia que le caracterizaba, moviéndose sin parar de un lado a otro hasta que se abrió y apareció ella, con su melena de muñeca suelta y su sonrisa a medias. Estaba dispuesto a declararse, a abrazarla, a besarla. Estaba dispuesto a maldecir al asqueroso de Joshep Bluset cuando...

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella como si le sorprendiera que su vecino, su amigo, su confidente, su maldito hermano pudiera estar llamando justo en ese instante a su puerta.

—Yo...

No supo qué decir, se quedó tan petrificado como la estatua del Leviatán de la puerta del instituto, y cuando intentó abrir la boca para hablar... ¡Oh, no! La empanada de atún se empeñó en salir de su estómago y vomitó a los pies de Laura. Pero no fue ella la que soltó una palabrota e hizo una mueca de asco, Gloria tuvo que meterse corriendo en la casa para no vomitar también.

—Anda, pasa —le dijo Laura con el semblante serio, poniendo los ojos en blanco—. Voy a limpiar este estropicio.

Nunca jamás volvió a intentar declararse a su amiga. Cuando a Nathan se le pasaba por la cabeza hacerlo, recordaba el suceso con la empanada de atún. Ya no soportaba esa empanada tampoco, solo de verla se le revolvían las tripas. Lo único bueno de aquello fue que Laura no salió con Joshep y de esa conversación ya habían pasado dos años. Dos largos años en los que sus vidas siguieron como siempre.

¿TE ESTÁ GUSTANDO ESTA HISTORIA?

SI LA RESPUESTA ES SÍ, NO TE LO PIENSES Y LLÉVATELO A CASA.

“IMPERIA I. LOS PREDESTINADOS”
ESTÁ EN [AMAZON](#)
EN FORMATO DIGITAL Y FÍSICO

**SIGUE A: @CarolaVerc EN TUS REDES SOCIALES Y NO TE
PIERDAS NADA DE LO QUE ESTÁ POR LLEGAR.**

<http://carolavercaine.com/>



SI TE GUSTAN LOS MARCAPÁGINAS DE LOS PERSONAJES, EN [LA WEB DE CAROLA](#)
LOS TIENES PARA DESCARGAR.

